

Apolinar Díaz Callejas. *Colombia-Estados Unidos (Entre la autonomía y la subordinación. De la Independencia a Panamá)*. Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 1997

Este libro nos recuerda que la historia es un oficio que se funda en preguntas elaboradas desde un presente, el presente del historiador. La aclaración puede ser superflua, pero el historiador no está atrapado por las cadenas del pasado, como podría pensarse; no, está aferrado al último eslabón situado en el presente, aunque quizás alguien muy lúcido (o cándido) se permita dirigir la mirada al futuro. En todo caso, el viaje a los socavones del pasado se hace desde la superficie del ahora. Esas aclaraciones las incita esta historia escrita por Apolinar Díaz Callejas, un escritor con respetable y larga trayectoria en la academia universitaria y en la vida pública de Colombia. Él se ha encargado de escribir un libro que debe ser leído dentro y fuera de las universidades para reconocer los orígenes y las causas de las encrucijadas actuales; de los repetidos gestos de sumisión de nuestra dirigencia política

Estos libros hay que agradecerlos porque llegan en momentos oportunos de debate; porque iluminan con ejemplos la argumentación en torno a lo que han sido, son, pueden o deben ser las relaciones de un país pobre como el nuestro con los Estados Unidos de América. El estudio se remonta a las primeras décadas del siglo XIX, a la incipiente república y a los fracasos de integración de la Gran Colombia que fueron determinantes en la temprana subordinación de nuestro país a las intenciones geoestratégicas de la por entonces naciente potencia norteamericana.

Para esta reconstrucción histórica, el autor acudió a un frondoso volumen documental; sobresale la relativamente novedosa consulta de los documentos que han reposado en el desvencijado Archivo Diplomático que hoy, ojalá, debe reposar en situación más segura en el Archivo General de la Nación. Decimos que relativamente novedosa, porque hay algunos antecedentes de uso de estas fuentes que, tal parece, el autor ignoró para este trabajo. Para ser justos con los olvidados, Luis Martínez Delgado, a pesar de los equívocos, reunió en dos volúmenes documentos del Archivo Diplomático para su libro *Traiciones a la independencia hispanoamericana* (1975); Raimundo

Rivas, en su historia de las *Relaciones internacionales entre Colombia y los Estados Unidos* (1915) publicó muchos de los documentos que Díaz Callejas presenta ahora como supuestamente inéditos y mantenidos en secreto. Hace parte de un buen libro de historia el balance de aquellas obras que preceden nuestras aparentes originalidades.

De todos modos, no ha sido rutina ni tendencia ostensible en la historiografía colombiana la elaboración de investigaciones con base en una fuente documental tan generosa como la que ofrecen las memorias y los informes de legaciones que han reposado, entre muchos otros documentos, en un abandonado edificio bogotano. Por eso sabemos muy poco de cómo fueron los iniciales pasos de la diplomacia colombiana, menos aún sabemos de los *intringulis*, de los avatares, consignas y negociaciones de un aparato diplomático poco profesional y especializado, más bien entregado a la coyuntura y a la improvisación. ¿Cómo se formó la figura del profesional diplomático? ¿Qué tipo de méritos y habilidades debían conjugarse en los enviados diplomáticos? ¿Qué intereses han prevalecido en nuestra política exterior? ¿Hubo desde los inicios de la vida republicana un proyecto a largo plazo de relaciones exteriores? Estas son preguntas dignas de ser satisfechas y a la espera de un estudiante acucioso.

Por supuesto, el libro de Díaz Callejas no se propuso, ni mucho menos, resolver inquietudes semejantes, pero contribuye a entender el talante de nuestra dirigencia política en las actividades diplomáticas, la crónica tendencia a la improvisación y a la resolución apresurada de asuntos de coyuntura; el ensimismamiento de una burocracia enquistada en Bogotá, a propósito el autor habla con recurrencia del parroquialismo en el manejo de los asuntos exteriores. Los proyectos de integración desde los días de Bolívar cayeron en desgracia ante los apetitos mezquinos de grupos dirigentes locales. En adelante fueron disputas, como sucede hasta hoy, de vaguedades fronterizas; competencias por la preeminencia de unos puertos sobre otros en el concierto de la economía mundial. Acaso un liberalismo genérico y transnacional intentó imponer algunas pautas de modernización política, económica y social, pero ese fue otro proyecto frustrado. Los países de Hispanoamérica se hundieron fatalmente en su pobreza, en su aislamiento, y se volvieron pequeñas repúblicas fáciles de dominar por las potencias de Europa o por el coloso del Norte.

En el prefacio, el autor se esfuerza en demostrar que no ha agregado un libro más a la historia del triste episodio de entrega del canal de Panamá. «Tiene mucho de ello -dice él- pero pretende cubrir todos los aspectos, grandes y pequeños, de las relaciones entre los países». Es cierto que Díaz Callejas intenta zafarse de ese episodio determinante, pero culmina completamente embelesado en el asunto. Ese puede ser el enorme defecto del libro, pero para ser justos la mirada sobre ese tema es refrescante y hay capítulos que contienen un juicioso examen de las visiones ideológicas que contribuyeron a matizar la relación de nuestra clase dirigente con Estados Unidos. En ese examen queda mejor librado Santander que Bolívar. Para el primero era claro que no podía haber igualdad entre países desiguales; que el país que tenía más debía dar más. Queda precisado en el libro que fue la «lirica del libre cambio» del siglo XIX la que se encargó de entregar a la entonces Nueva Granada a una rápida subordinación externa. Fueron nuestros liberales decimonónicos, en cabeza de Florentino González, quienes determinaron fatalmente que nuestro destino sería el de un país agrícola dedicado de manera exclusiva a la producción de materias primas.

Es un acierto del libro el hallazgo de los responsables ideológicos y prácticos del inicio del lamentable proceso de entrega de la soberanía de Colombia sobre Panamá. Pero también es una lástima que avance poco en las causas e implicaciones de esas conductas de algunos funcionarios que jugaron un papel trascendental en el viraje diplomático de nuestro país durante la mitad del siglo pasado. Sustenta bien el autor la proclive actitud del liberal neogranadino Manuel Ancizar, siempre a favor de los intereses norteamericanos por encima de las ambiciones de las potencias de Europa, especialmente Gran Bretaña. Sin duda, Ancizar deberá ser reconocido como el artífice de la inclinación ante los intereses de expansión de Estados Unidos en el sur del continente americano. Muchos de sus actos y de sus escritos fueron más los de un agente de la política expansionista estadounidense que los de un celoso protector de los principios de soberanía y de integridad territoriales de Colombia. El maestro Díaz Callejas poco o nada conjetura acerca del por qué de esta conducta tan abiertamente favorable a un país que se había conformado, hasta entonces, por ejercer influencia en la zona de Caribe y que aún tenía poca convicción por realizar una avanzada hacia regiones más meridionales del continente. No, este libro no explora ni explica por qué Ancizar

y otros intelectuales civiles de corte liberal de la época, hablamos de 1846 en adelante, argumentaron en favor de los intereses expansionistas de la armoniosa república de los yankees.

Aquí entraríamos en un tema inexplorado aún en la historia de las relaciones exteriores del siglo XIX, no solamente en los desiguales vínculos con Estados Unidos. Tiene que ver con el influjo decisivo de la masonería, organización transnacional de la intelectualidad liberal que impuso fidelidades que socavaron las soberanías locales y que subordinaron lo nacional al cumplimiento de misiones trazadas por los «hermanos en democracia». Desde Estados Unidos y mediante conspicuos voceros de la masonería, se determinó el agresivo papel expansionista de sus diplomáticos. Varios episodios de la política exterior hispanoamericana estuvieron precedidos de las intrigas de la masonería. Hay un nombre que debe recordarse a propósito, el del norteamericano Joel Robert Poinsett, masón de la Gran Logia de York, artífice de la anexión del norte de México a Estados Unidos; también participó de la fundación de logias en Cuba que agitaron las consignas de anexión de la isla al gran país del Norte. Y, para nuestro caso, Manuel Ancizar era un masón vinculado estrechamente a la misma logia del inquieto y ambicioso embajador Poinsett. Esas filiaciones contribuyen a explicar, en buena medida, los comportamientos de ciertos personajes de la diplomacia que intervinieron tan explícitamente en la satisfacción de determinadas pretensiones de otros países.

En definitiva, desde 1846, cuando se firmaba el tratado Mallarino-Bidlack y cuando Estados Unidos despojaba a México de dos millones de kilómetros cuadrados, hubo un quiebre definitivo en nuestras relaciones diplomáticas con esa potencia. Desde ese momento se selló un proceso de subordinación que al parecer ha avanzado incontenible hasta hoy. Imponiendo la fuerza como su principal razón, el país de los yankees ha ido legitimando sus abusos. La autodenominación de «pueblo elegido» armado de un gran garrote le ha servido para persuadir a los débiles países de América latina de que sólo les corresponde continuar alargando su historia de sumisión. Para comprender los inicios de esa triste historia, este libro resulta vital.

Gilberto Loaiza Cano

Profesor del Departamento
de Historia de la Universidad del Valle